

Influencia indígena de la Sierra Norte de Puebla en el Santuario de San Antonio Calpulalpan

Introducción

En casi todos los pueblos de México existe la tradición de venerar al santo patrón del lugar, como correspondencia a la protección que se recibe de él o simplemente por llevar el nombre del pueblo. En Calpulalpan, Tlaxcala, el santo patrón es San Antonio de Padua. En esta población existió, en la época prehispánica, uno de los centros ceremoniales más importantes de la región que, a la llegada de los conquistadores, fue destruido para edificar ahí mismo la Iglesia de Cristo. Entre la variedad de santos, San Antonio sería el predilecto a venerar por varios siglos hasta nuestros días. Durante muchos años han existido tres grupos definidos de asistentes al lugar: los devotos locales, los procedentes de otras partes del país y los grupos indígenas de la Sierra Norte de Puebla. Estos últimos aparentemente iniciaron el culto a San Antonio y modelaron la importancia y las características de las festividades destinadas a él, hasta que se convirtieron en una feria comercial sin perder su peculiaridad religiosa. En este trabajo abordaremos la influencia indígena de la Sierra Norte de Puebla en el Santuario de San Antonio.



Miles de indígenas se postran ante la imagen para solicitarle ayuda, salud, bienestar, o simplemente para agradecerle algún favor recibido.

Las fuentes históricas

En la Cuenca del Valle de México, al norte de la Sierra Nevada, se localiza la población de Calpulalpan, donde existe un convento construido en el siglo XVI y convertido en el Santuario de San Antonio de Padua. Los antecedentes más remotos de este sitio aparecen en el *Código Calpulalpan* que, si bien fue elaborado a fines del siglo XVII o principios del XVIII, se refiere a acontecimientos sucedidos en 1548; una glosa escrita en náhuatl dice:

Rodeando a Calpulalpan al que pertenece Tlamapa, lo cuida nuestro querido Padre San Antonio [*Código*, 1978 A y B:4].

En otro documento del Ramo de Tierra del Archivo General de la Nación sobre el juicio de tierra celebrado en los años de 1783-1784, se mencionan

Los actos relativos al juicio que siguió Inés Vicenta, indígena natural del pueblo de Otumba a nombre de otros indígenas en contra del dueño de San Bartolomé del Monte, situado a media legua del Santuario de San Antonio Calpulalpan, so-

bre cuentas por adeudos [Gracia, 1970:4].

Otra fuente la constituye el mismo Convento de Calpulalpan: en la portada barroca del templo existen tres nichos con el mismo número de imágenes esculpidas en piedra: en el central se encuentra San Antonio, y respectivamente a diestra y siniestra, San Simón y San Judas. Una inscripción ubicada en la parte inferior

de la ventana del coro, sitúa la portada en el año de 1608; probablemente se refiere a la conclusión del templo o de la fachada, ya que algunos elementos del conjunto arquitectónico del convento fueron realizados en diversas épocas. Otro antecedente del siglo en curso, se refiere a la destrucción del santuario, propiciada por un grupo revolucionario en 1915, según versiones de los moradores de la época y de un documento.

Hasta el momento éstos son los únicos antecedentes históricos con que contamos

* Centro Regional Quintana Roo

respecto a la veneración de San Antonio. Por otra parte, se sabe que el auténtico y antiguo nombre cristiano de este pueblo es San Simón y San Judas; según un escrito fechado en julio de 1864, que acompaña al *Códice Calpulalpan* (*Códice*, 1978 A:4), durante el siglo pasado se le conoció como San Simón; sin embargo, en la actualidad sólo conserva el de San Antonio.

Como se verá, no ha sido posible precisar con exactitud la época en que cambió de nombre. En cambio se conoce una secuencia cronológica del siglo XVI hasta el XX en torno a la mención del Santuario de San Antonio.

Antecedentes de las peregrinaciones de los indígenas de la Sierra Norte de Puebla al Santuario de San Antonio

Probablemente los primeros testimonios del culto a San Antonio en aquel santuario se encontraban en el Archivo Parroquial del Convento de Calpulalpan, el cual fue incendiado parcialmente durante la Revolución. No contamos con información científica al respecto, sólo con una leyenda que se ha conservado por siglos a través de la tradición oral. Los ancianos cuentan que, en una ocasión, pasaban por Calpulalpan indígenas procedentes de la Sierra Norte de Puebla rumbo a Texcoco, llevando en una carreta tirada por acémilas la escultura de San Antonio de Padua, empacada con lienzos y otros materiales de protección, ya que podría dañarse durante el largo viaje. Aquel día decidieron pernoctar en la iglesia del pueblo; bajaron la imagen y dieron de comer y beber a los animales. Por la noche durmieron ahí para continuar de madrugada su importante encomienda, destinada al pueblo de Texcoco donde se veneraba al mismo santo. La leyenda narra que antes del

amanecer, los indígenas se dispusieron a levantar la imagen para colocarla sobre la carreta, pero una fuerza sobrenatural se impuso, impidiéndoles moverla. Intentaron una y otra vez sin lograrlo. Cuando los fieles del lugar se enteraron del acontecimiento, se dirigieron a ver la imagen y, reunidos en el atrio dijeron: *No se quiere ir, quiere quedarse*. Los indígenas trataron de levantarla nuevamente mientras los pobladores arrodillados empezaron a hacerle peticiones y a adorarla. Todo fue inútil, de ninguna forma pudieron moverla; por lo tanto, decidieron retornar a la sierra.

El acontecimiento se propagó más allá de la región y de la sierra; los frailes franciscanos y los devotos locales decidieron convertir el lugar en santuario. Desde entonces, los indígenas iniciaron las peregrinaciones para adorarlo y convencerlo para que regresara a la sierra con ellos sin lograrlo; incluso en una ocasión se lo llevaron, pero no tardó mucho tiempo en regresar.

Según estos antecedentes, desde entonces empezaron las peregrinaciones al santuario; miles de indígenas nahuas y otomíes llegaban durante los meses de mayo, junio y julio.

Evidencias arqueológicas de culto religioso en el Santuario

El conjunto arquitectónico que integra actualmente el Convento de Calpulalpan, construido sobre la sección que ocupó en la época prehispánica el centro ceremonial de la ciudad, está compuesto por la nave mayor, el camarín de San Antonio, la capilla de la tercera orden, el bautisterio y otras dos capillas, la sacristía, el claustro, los dormitorios, la cocina, los patios, la huerta, el corral, el portal de los peregrinos y el atrio. Por la cantidad de material arqueológico que ahí se localiza se infiere la importancia reli-



Los carrancistas quemaron la imagen de San Antonio de Padua y la iglesia durante los sucesos de la Revolución, algunos años después se adquirió otra imagen.

giosa que debió tener el lugar durante el periodo Posclásico.

Al llegar los frailes, ordenaron destruir los templos e ídolos que se encontraban en aquel sitio, así como el juego de pelota y todo lo relacionado con la idolatría. Con los antiguos materiales y sobre los cimientos de los templos, mandaron levantar la Iglesia de Cristo. Una de las deidades indígenas fue empotrada en el muro posterior de la nave mayor, al igual que el anillo del juego de pelota y otras esculturas de los adoratorios.

Las excavaciones recientes, debidas a obras de drenaje o de construcción, realizadas en el convento y sus alrededores, arrojaron información arqueológica de un centro ceremonial y de un asentamiento. Tanto las evidencias arqueológicas del centro ceremonial como el establecimiento de un convento, son pruebas fidedignas

de la religiosidad que desde tiempos prehispánicos profesaban los habitantes del lugar y de la región, circunstancia que aprovecharon los sacerdotes católicos para convertir fácilmente a los indios al cristianismo y particularmente al culto de San Antonio de Padua. La táctica de los religiosos católicos de edificar su iglesia sobre los antiguos templos de los indios, no es exclusiva de Calpulalpan; este hecho se dio en Tenochtitlan, Tlatelolco, La Villa de Guadalupe, Mexicalzingo, Cholula, Izamal, Villa Real y muchos otros lugares del país.

Los sucesos de la Revolución

Hacia 1900 el santuario se encontraba convertido en uno de los más famosos del Altiplano Central, la popularidad

de San Antonio era tan extensa que logró opacar al Santuario de San Antonio Texcoco, convirtiéndose en sede principal de esta imagen religiosa.

Por esos años, el culto de los feligreses al santo patrón, considerado como milagroso, se encontraba sumamente fortalecido; llegaban miles de peregrinos de todas las direcciones, principalmente indígenas procedentes de pueblos y rancherías de la Sierra Norte de Puebla y del estado de Hidalgo. La mayoría recorría a pie distancias de 70 a 120 km; otros, en cambio, caminaban algunos tramos y abordaban el tren al llegar a las estaciones de Beristáin, Apan o Irolo.

No obstante haber estallado la Revolución de 1910, las celebraciones religiosas continuaron. Un cronista de la época calculó el arribo de 25 000 indígenas al santuario. Para entonces, lo que había empezado como una celebración religiosa se transformó en una de las ferias más grandes y populares de México. Las ganaderías de fama enviaban toros para la fiesta brava; había juegos mecánicos, peleas de gallos, carreras de caballos, danza, música de banda y de teponaxtli, palo ensebado, carruseles, loterías, carcamán de monerías, volantines, artesanías provenientes de Guerrero, Michoacán, Puebla, Jalisco,

Guanajuato, Querétaro, Hidalgo y otros estados. Durante la lucha armada, el santuario experimentó los acontecimientos más sangrientos del movimiento en la región. La división entre carrancistas y zapatistas se encontraba en su momento álgido; los últimos se apostaron en la Hacienda de San Bartolomé del Monte, cerca del santuario. Los carrancistas, furiosos por no poder vencer al enemigo, se establecieron cerca de Calpulalpan; aprovechando la proximidad de las festividades en honor de San Antonio y la devoción de los zapatistas por el santo patrón, el 8 de junio de 1915 dos soldados penetraron a la iglesia cuando San Antonio ya había sido bajado de su nicho y llevado al altar mayor; tendieron hilos empapados en petróleo sobre la imagen y el retablo neoclásico, y a continuación les prendieron fuego. Inmediatamente las llamas empezaron a consumirlo todo; cuando los encargados de la iglesia descubrieron el siniestro doblaron las esquilas y la María para que el pueblo acudiera a sofocar el fuego. A pesar del peligro que representaba salir de sus casas en la noche muchos vecinos acudieron al llamado, pero ya era tarde: San Antonio se había quemado junto con el retablo y los santos. Adentro encontraron a los soldados culpables. Inmediatamente la turba enfurecida los tomó presos para arrojarlos al fuego; sin embargo, el párroco Miguel Mancera intervino, impidiendo aquellos crímenes; prefirió entregar los soldados al general Porfirio Bonilla para que decidiera sobre sus vidas. Mientras tanto, las vigas tronaban, las chispas y las lenguas de fuego se elevaban, iluminando varias cuadras del pueblo hasta desplomar el techo (comunicación verbal de varios testigos del acontecimiento; Camacho, 1971:6).

Cuando llegaron los indígenas de la sierra, encontraron quemado parte del convento, el camarín de San Antonio, la iglesia y su santo patrón al que

le traían las ofrendas acostumbradas. Lloraron entre los escombros y las ruinas; entonces se produjo el milagro, según otra leyenda: bajo una escalera de madera que conducía al Coro de la Capilla de San Antonio quedó estampada con humo la imagen del santo patrón sobre un "cuero". Aquellos días fueron aciagos, el pueblo tenía menos peregrinos porque además las puertas de las casas no se les abrían con facilidad, debido al peligro de la guerra intestina. Por su parte, los habitantes no iban a la iglesia y mucho menos a divertirse. El 13 de junio, día de San Antonio, la lucha tomó fuerza: los carrancistas tomaron la plaza y se lanzaron contra los zapatistas, devotos de San Antonio, en la Hacienda de San Bartolomé del Monte. En la batalla murió el general Porfirio Bonilla junto con soldados y civiles. Posteriormente, el párroco fue fusilado en San Miguel.

Los estragos de la guerra y la pérdida de San Antonio no desalentaron la devoción de los indígenas; por el contrario, aquellos trágicos acontecimientos reafirmaron su fe. Aunque en esos años disminuyó el índice de visitantes, las peregrinaciones aumentaron durante las décadas siguientes.

La participación indígena en las celebraciones actuales

El 13 de junio de cada año, los indígenas otomíes y nahuas (Barbosa, 1980:63, 68, 86-87) de la Sierra norte de Puebla y parte de Hidalgo, llegan a Calpulalpan para participar en las fiestas en honor de su santo patrón. La mayoría procede de Huauchinango, San Pablito, Pahuatlán, Tlaxpanaloyan, Naupan, Chachahuantla, Xochinacatlán, Tlaola, Honey, Patoltecuya, Tlapacoya, Tenango de Doria, San Francisco Atotonilco, Capulines el Ranchito, Xilocauatla, Acaxochitlán, Atotonilco, Tulancingo,



El busto del santo patrón apareció plasmado sobre un cuero después de haberse incinerado la imagen original según la leyenda local.



El juego de pelota prehispánico fue desmantelado en el siglo XVI por los frailes franciscanos para edificar la iglesia.

go, Santa Anita y de otros lugares. Los peregrinos viajan en los autobuses directos que parten de Tulancingo, Hidalgo. El alto costo del boleto, que representa para ellos el problema principal, disminuye el número de asistentes. Para compensar este desembolso y el de su estancia, traen a la feria frutos de la temporada, textiles, pulseras y collares de chaquiras, mesas, sillas, bancos, cucharas, utensilios de madera, azafrán y otros productos.

La noche del 12 de junio estos peregrinos piden posada en las casas de la población, duermen en los corredores y en los portales de la plaza principal, del palacio municipal y en el de los peregrinos del convento. En la madrugada del día 13 se reúnen en el atrio, frente al portón de la iglesia, llevando ceras encendidas. Antes de los repiques de campanas, los mariachis, la banda y los demás grupos musicales entonan las mañanitas, al mismo tiempo que la comisión de festejos quema miles de cohetes y cientos de "bombas". A continuación las puertas del santuario se abren y los indígenas corren al altar improvisado, para ser de los primeros en tocar al santo. Al posarse frente a él, desenvuelven sus bultos y sacan las ofrendas que le entregarán. Después de besar los pies o el

hábito de la imagen de San Antonio, la frotran con ceras, veladoras, plumas, flores, dinero, estampas y otros objetos, y con éstos "limpian" a su familia y a sí mismos, pidiendo en voz alta el alivio de sus males, el regreso del animal perdido u otros favores. Tanto otomíes como nahuas le agradecen los beneficios recibidos principalmente en la agricultura, depositando a sus pies los artículos menciona-

dos. Algunos le ofrendan *xochitmayitl* (objeto compuesto de ramas secas, hojas de maíz y flores), sargas de flores, chiles, toronjas, maíz, tomates y café; así como pequeños cordones umbilicales de niños recién nacidos y otros objetos. Quienes no pudieron asistir al santuario ordenaron "mandas" a través de otros fieles o de alguna rezandera; ésta aprovecha su visita a San Antonio para hacer "limpias" a las personas que lo soliciten.

La visita al santuario concluye el mismo día 13; algunos se quedan para ver por la noche los fuegos artificiales y regresan uno o varias días después a sus lugares de origen.

Algunos indígenas que no pudieron ir al santuario llegan hasta la "octava" o durante el resto del mes de junio, con los mismos fines.

Conclusiones

Las fuentes históricas consultadas revelan la existencia del culto a San Antonio de Padua en Calpulalpan, desde el siglo XVI hasta nuestros días, en el

mismo lugar donde existió un centro ceremonial prehispánico, según se sabe a través de las evidencias arqueológicas que aún se conservan en el santuario. Cuando llegaron los frailes franciscanos al lugar, detectaron la religiosidad y la devoción de los indios por sus deidades, lo que aprovecharon para imponer el culto a Cristo y a los personajes importantes de la iglesia, entre los que se encontraba San Antonio de Padua. Desde sus primeras veneraciones en el santuario, esta imagen fue objeto de adoración por fieles locales y sobre todo, por habitantes de la Sierra Norte de Puebla, que asistían mayoritariamente; desde entonces se realizan las peregrinaciones de nahuas y otomíes.

Lo que empezó como un centro ceremonial dio origen a una de las ferias más grandes y famosas de México en siglos anteriores y principios de éste. La participación de los indígenas de la Sierra Norte de Puebla y parte del área limítrofe con el estado de Hidalgo, otomíes y nahuas, fue determinante en la conserva-



Llegar hasta la imagen y tocarla significa para los indígenas vivir con tranquilidad durante todo un año.



Escultura de una deidad procedente de uno de los templos acolhuas de Calpulalpan, actualmente incrustado en un muro de la Parroquia de San Antonio de Padua.

ción de la tradición al culto de San Antonio y en el fortalecimiento de las fiestas de junio dedicada a él. Las peregrinaciones, aunque han disminuído considerablemente, se siguen haciendo para depositar las ofrendas, agradecer los favores recibidos o pedirle ayuda al santo patrón para la resolución de algún problema.

El alto costo de la vida tiende a disminuir aceleradamente el arribo de los fieles y, por consiguiente, a desintegrar paulatinamente las festividades pagano-religiosas en honor de San Antonio de Padua, lo que ocasionará en el futuro la desaparición de la feria, más no la del culto.

BIBLIOGRAFIA

Álvarez Camacho, Antonio, *En busca de libertad. Memorias de la Revolución en Mazapa*, inédito (mecanoescrito), 1971.

Barbosa, Manlio Cano, *Atlas lingüístico del estado de Puebla*, México, INAH, 1980 (Colección Científica, 889).

Códice Calpulalpan, presentación de Fernando Cortés de Brasdefer, copia xerox, 1978.

———, inédito, 6 hojas traducidas, (mecanoescrito), 1978.

Cortés de Brasdefer, Fernando, *La feria de San Antonio Calpulalpan*, (en preparación).

Gracia, Ezequiel M., *Sociedad de Geografía, Historia, Estadística y Literatura. Datos tomados en el Archivo General de la Nación, sobre propiedad territorial de diversos pueblos de Texcoco colonial*, (mecanoescrito).



Nahuas y otomíes celebran al protector de los humanos, de los animales y de las cosechas.

MUSEO REGIONAL DE OAXACA

Exconvento de Santo Domingo

Oaxaca, Oax., México

Martes a viernes de 10:00 a 18:00 horas
sábados y domingos de 10:00 a 17:00 horas

- exposiciones temporales
- conciertos
- conferencias
- venta de libros y reproducciones de cerámica y joyería

**MUSEOS
DEL INAH**

ATLAS CULTURAL DE MEXICO

Obra ilustrada en 12 tomos

Arqueología • Turismo • Flora • Artesanías • Museos • Cartografía I • Cartografía II • Fauna • Gastronomía • Lenguas de México • Instrumentos musicales • Monumentos históricos • Arqueología • Turismo • Flora • Artesanías • Museos • Cartografía I • Cartografía II • Fauna • Gastronomía • Lenguas de México • Instrumentos musicales • Arqueología • Turismo • Flora • Artesanías • Museos • Cartografía I • Cartografía II • Fauna • Gastronomía • Lenguas de México • Instrumentos musicales • Monumentos históricos • Arqueología • Turismo • Flora • Artesanías • Museos • Cartografía I • Cartografía II • Fauna • Gastronomía • Lenguas de México • Instrumentos musicales • Monumentos históricos • Arqueología • Turismo • Flora • Artesanías • Museos • Cartografía I • Cartografía II • Fauna • Gastronomía • Lenguas de México

A la venta en librerías de prestigio

SEP—INAH—PLANETA

Guía INAH-SALVAT

Centro Histórico de la Ciudad de México

Instituto Cultural Camino Real

INAH—SALVAT